



Los 80 años de mamá

"No trates a mamá como si fuera tonta. No lo es...". Me molestaba terriblemente. ¡Me irritaba tanto su manera de hablarle! Se dirigía a ella como si fuera una niña, como si no supiera hablar, como si no entendiera nada, como si apenas pudiera valerse por sí misma... Y no era ni mucho menos así, aunque es verdad que en los últimos meses estaba empezando a perder algo de soltura en su quehacer cotidiano.

Mamá había cumplido hace poco los 80 años. Fue el pasado verano. Para celebrarlo, nos fuimos las tres, -ella, mi hermana y yo-, una semanita a Viena. "Será mi último viaje", decía ella poco antes de ir. A partir de cierta edad, todos creemos que, si vamos a hacer algo importante, ésa será nuestra última vez, como si nos empeñáramos en despedirnos de la vida a cada dos por tres...

Mi suegra, de la misma edad que mi madre, adquirió esa manía a una edad excesivamente temprana. Recuerdo que un año por Navidad, hace ya como unos veinte, nos sorprendió con una magnífica cazuela de angulas. "Angulas, no gulas. Angulas de las de verdad... Es que... ¿sabéis...? ésta va a ser mi última Navidad", nos dijo con cierto gesto de resignación, al tiempo que la colocaba en el centro de la mesa... Como nadie acertaba qué decir, ella prosiguió. "No creo que pase de este año", sentenció. Mi suegra no estaba enferma, así que nos extrañó aquella especie de insólito maleficio. Aquella mujer no se murió aquel año, ni al siguiente, ni al otro... De hecho, sigue vivita y coleando, aunque hace ya muchos años que nos restringió las angulas por Navidad, visto que no se moría...

Pero volvamos a ella, a mi madre, que es de las que de verdad os quiero hablar. Como os decía, acaba de cumplir los 80 años. Mi madre es una mujer fantástica. Vital, alegre, optimista, activa, resuelta... En estas, y muchas otras cosas, una lección para quienes han tenido la suerte de conocerla. Lo fue con mayúsculas y lo sigue siendo, aunque últimamente parece aminorar algo esa marcha enérgica que siempre le ha acompañado...

No es que no quiera, obviamente. Es que le cuesta un poco más. Se le nota hasta en el gesto como que le molesta sentir que la vida le pone barreras, que se cansa más, que se duerme con cierta facilidad, que le apetece salir menos de casa, que su ritmo es cada vez más lento...

La recuerdo con 40 años o poco más, cuando yo entonces era una cría. Tenía una vitalidad envidiable. La recuerdo siempre trabajando, leyendo, escribiendo, cantando... Era un todo terreno. De soltera trabajó como maestra. Al casarse cambió de ciudad y lo dejó. En aquella época, las mujeres -las que estudiaban, claro-, tenían una profesión de solteras, que abandonaban tras pasar por la vicaría... Pero, bueno, tampoco sería éste ahora el tema, así que vuelvo a ella.

Con sus cuatro hijos ejerció de madre, maestra y buena confidente. Nos sentaba en casa alrededor de la mesa camilla a hacer tareas: sumas, restas, frases adornadas con dibujos de colores... Siempre una profesora amena y jovial. En Navidad, escribía guiones teatrales que sus hijos representábamos en el salón de casa delante de familiares y amigos. En verano nos llevaba a su tierra, junto al mar, y se convertía, más que nunca, en pura dinamita: paseos en bici, días de sol a sol en la playa, excursiones al monte, comidas familiares... Porque nunca tenía medida para gozar de la vida. Podían presentarse de improviso en casa un montón de gente, que ella sacaba en un pis-pas comida para todos. Sin ir más lejos, batió su propio record preparando unas rosquillas en veinte minutos... ¡¡¡Y encima le salieron exquisitas!!! No es que fuera generosa, que lo era, es que tenía una energía que no le cabía en el cuerpo...

Con 60 años seguía parecido. Lo único que dejó de hacer en verano fue andar en bici. Algún susto le debió quitar la idea de la cabeza. Entonces se recorría a pie el mundo, como una guerrera, airosa y decidida... Se enfundaba su chandal y

"CARMENCITA LIMÓN"

①

sus deportivas, sola o acompañada, y no había día que no se recorriera un montón de veces la playa, que subiera a por leche al caserío, que volviera del pueblo cargada con la compra pero siempre con una sonrisa en la boca.

No me voy a alargar con la cantidad de amigas que siempre ha tenido, lo divertida y salerosa que era, lo que hacía reír a las visitas, la cantidad de escritos suyos que le recopilamos para su "jubilación". No sólo vivía. Era tal su energía que también necesitaba escribirlo, expresarlo... Juro que jamás la vi hundida y que, si alguna vez lo estuvo, lo supo disimular a las mil maravillas.

Por eso, ahora que ha cumplido los 80 y ya no es la que era, me parece una crueldad subrayarle sus despistes, sus limitaciones, sus pequeños atascos... En realidad, nadie somos lo que fuimos ni siquiera hace diez años porque la vida, a cualquier edad, siempre hace de las suyas...

Y no lo vamos a negar. Mi madre empieza ya a dar muestras de cierto cansancio pero todavía va a gimnasia dos días por semana, otros dos a inglés, sale a refitolear por los supermercados (es su pasión inconfesable...), y le gusta, con medida, pasear y tomar el aire allí donde haya verde o azul de mar.

Se queja de que cada vez ve peor, de que durante el día le suele entrar el sueño, de que se le olvidan las palabras, de que siente algunas molestias en el estómago o que los hombros se le cargan... Es verdad que cada vez tiene menos paciencia, sobre todo con los nietos... Antes les dejaba hacer de todo y en cuanto te despistabas, ya estaba embarcándoles en alguna divertida aventura...

Pero mamá no se da por vencida. Sé que en su fuero interno a veces se le apodera la rabia. Y lo sé porque a veces se le nota. Se le pone cara de enfado y balbucea entre dientes algunas palabras malsonantes...

A mí sigue sin gustarme que la gente se apiade de personas como ella o que las traten como a niñas tontas. Por eso, cuando veo que alguien de confianza lo hace, enseguida salto. "¿O te crees que yo, a mis 50 años, no soy una torpe para mi hija de 20?", argumento.

El día que cumplió los 80 años no sorprendió una vez más con uno de sus escritos. Un escrito que resumía su vida en la suma de muchas pequeñas experiencias, mejores y peores, de alegrías y de penas, de amor y dolor, y que nos contaba que para sentir la plenitud de la vida era necesario sumar etapas. Y que lo que ella es hoy no lo podría haber sido si no es por todo lo vivido. Y que tiene un equipaje tan ello que a veces es difícil cargar con todo. Y que vivir también cansa y agota por muy maravilloso que sea...

Por esto y por todo lo que os cuento, quiero que a mi madre se le considere como lo que el personaje que es. Que nadie se burle porque comete más torpezas que antes, porque se le olvide lo evidente o porque se duerma durante el bullicio de una sobremesa familiar. Que nadie la azuce cuando está un poco lenta, cuando no encuentra las llaves o cuando le asusta el tranvía al cruzar la calle...

Mi madre es una mujer de 80 años. Y no quiero que tenga que pedir perdón por ello, en una sociedad donde los jóvenes parecen tener más derecho a vivir que nadie. Porque volverse torpe, despistado o enfermizo no nos debe hacer menos válidos ante los ojos de los demás. Nos muestra, en todo caso, más humanos por haber llegado a ese punto de la vida en que nunca antes lo fuimos tanto. Quiero que mamá se sienta orgullosa por ser como fue y por ser como es y que el mejor reconocimiento sea el respeto de todos los que tanto le queremos.

Pseudónimo: Carmencita Limón